

«Migrantes en la épica travesía de los Balcanes hacia Europa» - Associated Press

Los migrantes procedentes de África Occidental siguen la vía del tren hacia lo que esperan será una vida mejor. Es un viaje ilegal lleno de peligros. No solamente hay que evitar los trenes, sino también escapar de la policía. Corren riesgos para empezar de nuevo, buscando trabajo en Europa Occidental.

«La mayoría de nosotros somos africanos y tenemos muchos problemas en nuestro continente. La economía, mal; la política, mal; el trabajo, mal... obtienes un título y no puedes encontrar trabajo.»

Fidel Castro Chimana —sus padres, en el Congo, eran fervientes comunistas— es uno de los 43 hombres, mujeres y niños que han pagado alrededor de 500 dólares para emprender la llamada ruta de los Balcanes Occidentales hacia Europa.

Muchos de ellos sienten que no tienen alternativa. Hilarion Charlemagne, de Costa de Marfil, guarda las tarjetas SIM de todos los países desde los que ha tratado de llegar a Europa.

«Sabemos que cruzamos la frontera en contra de la ley, lo entendemos. Cuando uno entra clandestinamente en un país, se siente como un criminal, es algo indescriptible.»

Parten del puerto griego de Salónica. El pasador de fronteras, que accedió a que Associated Press observara el viaje a condición de mantener su anonimato, los guía por Grecia siguiendo caminos apartados. Cruzan ilegalmente a Macedonia y continúan hasta la frontera serbia. Desde aquí, otro grupo de pasadores de fronteras los llevará a Hungría. Hungría es clave porque está en la Unión Europea. Desde allí pueden llegar sin visado a países ricos como Alemania y Francia.

Es un viaje arduo, y no todos llegarán.

«Hay mujeres caminando, viejos, viejas, todos caminando. Y yo, ¿qué? ¡Vale! ¡Yo soy joven, así que puedo caminar! [risas].»

Mireille Djeukam, camerunesa de 34 años, lleva un año tratando de reunirse con su marido y su hija en París. Por eso se arriesga a llevar a Christian, su hijo de diez meses, por la vía del tren, pasando por puentes desvencijados y recorriendo kilómetros de senderos de pastores. Le está resultando muy duro el camino.

«El viaje ha sido muy duro, durísimo. De haber sabido que era tan difícil, no lo habría hecho. Yo no puedo andar tanto.»

Normalmente, el viaje de cerca de 320 km lleva entre seis y ocho días, pero está durando mucho más. El grupo es grande. Las mujeres y los niños no pueden avanzar tan rápido como los hombres y el tiempo ha empeorado.

«Entonces, ¿cómo dormíais?»

«Se pasa mal. ¡Hace frío!»

El cansancio creciente y la falta de alimento producen cada vez más tensiones. Charlemagne está leyendo en el Antiguo Testamento el libro de Job. Ha elegido bien. Le va a hacer falta paciencia

cuando Miriam Tore, migrante de Mali, le acuse de haberle robado la mochila. Charlemagne niega haberlo hecho.

Buena parte del trayecto por Macedonia se hace de noche, para evitar ser detectados, pero ello entraña más peligros. Evitar los coches en las autopistas con mucho tráfico y atravesar a pie las ciudades macedonias por las que pasa la vía. Pero el paso por la ciudad de Veles resulta ser un riesgo excesivo: casi todos los miembros del grupo son detenidos y devueltos a Grecia. Trece logran escapar, de los que solo diez llegan a Serbia.

Mireille Djeukam estaba agotada y no podía seguir. La dejaron en una iglesia con su hijo. Ahora están los dos de vuelta en Atenas, sin planes ni dinero para intentarlo de nuevo próximamente.